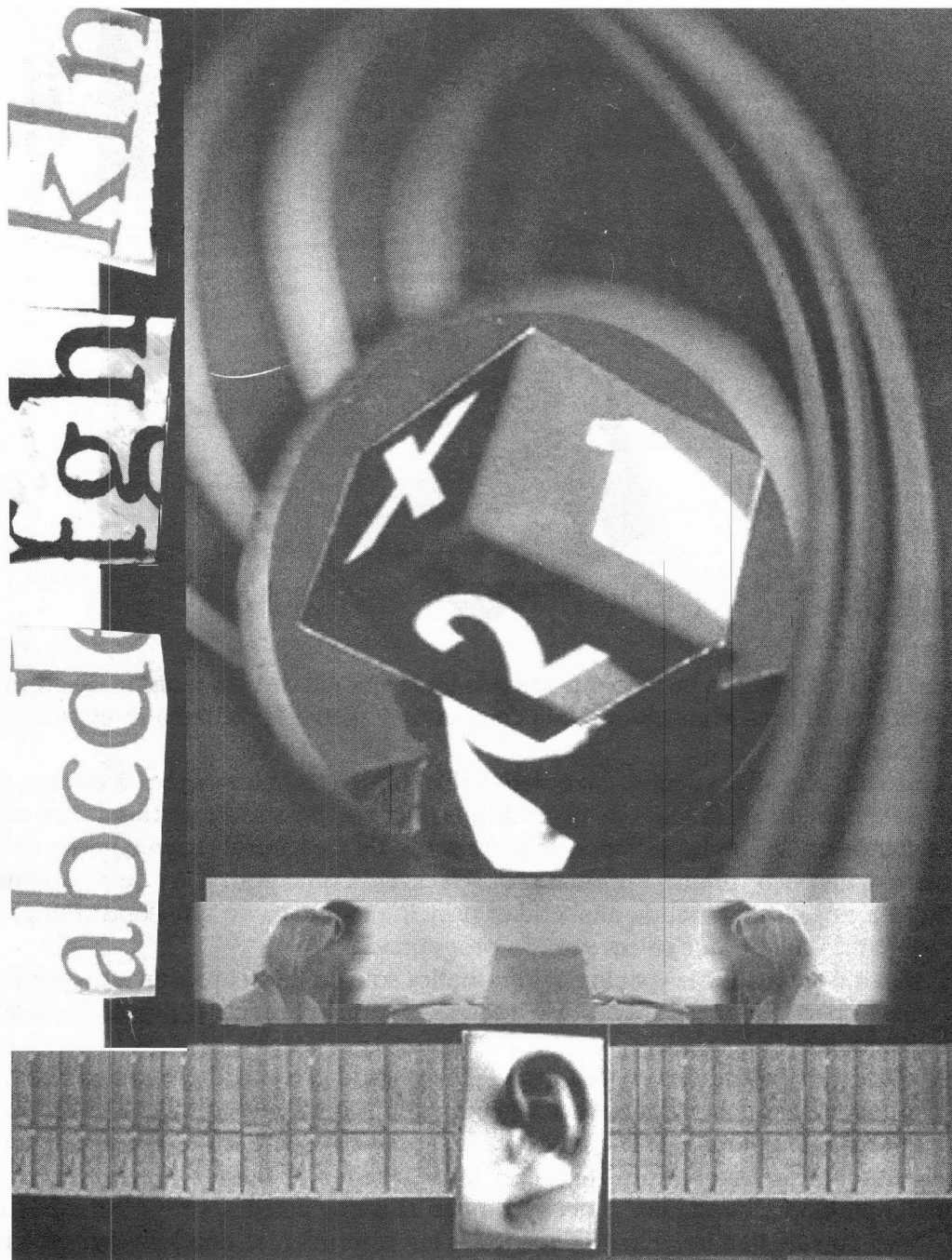


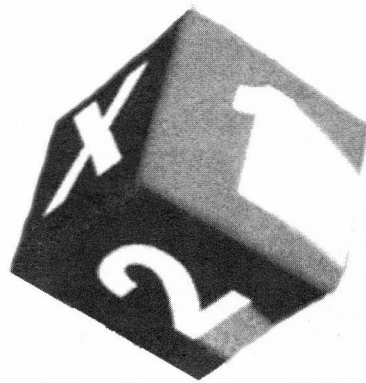
# LA ALFABETIDAD INFORMÁTICA Y EL SUEÑO CIBERNÉTICO

2a Conferencia Nacional de Ciencia, Tecnología y Sociedad. Washington, 1987



Iván Illich

Traducción: Jorge Echavarría Carvajal



La alfabetidad tecnológica ha sido introducida en la agenda de esta reunión de educadores, ingenieros y científicos por segundo año consecutivo. Este año, el tema es el de la tecnología y la imaginación.

La imaginación obra día y noche. Yo quiero hablar acerca de la imaginación diurna, cuando la gente esta inmersa en la luces de neón de sus oficinas. Sólo indirectamente me referiré a esa minicompetencia con los teclados, interruptores de cara a gráficos que hacen que todos nos sintamos un poco "piratas informáticos" (Hacker). Como podría ser de alguna utilidad, me referiré a esta clase de pseudo alfabetidad principalmente como una condición para conservar el sentido del humor en un mundo programado.

Trataré acerca de la máquina y su lógica cibernética sólo en tanto inducen a un estado mental vagamente parecido al del sueño. Me interesa el cómo mantenerse despierto en la era de los computadores.

Será útil distinguir tres modos en los que la técnica afecta la condición humana. Los medios técnicos pueden ser las herramientas en manos de un ingeniero, el que se enfrenta a una tarea y selecciona, mejora y aplica una herramienta. Un segundo modo sería cuando las herramientas afectan las relaciones sociales: Una sociedad telefónica engendra algo nuevo, todavía denominado "confianza", hacia personas a las que usted se dirige pero que no puede enfrentar personalmente. Finalmente, todas las herramientas tienden a ser ellas mismas poderosas metáforas que afectan el pensamiento, y esto es válido tanto para el reloj como para el motor o los dispositivos mecánicos, es válido para la página cubierta con signos alfabéticos y lo es también para un rosario de dígitos binarios.

Los dos primeros efectos de las herramientas, esto es, el uso técnico y su influencia sobre la estructura social, son los que quiero posponer hoy. Me gustaría centrarme en la cibernética como metáfora dominante, y hablar de los computadores como dispositivos potencialmente abrumadores para el pensamiento.

Antes de entrar en materia me gustaría, sin embargo, clarificar otro punto más: no me refiero al ominoso poder de los computadores de forma amplia, general. No me refiero a lo que el computador como metáfora hace a los niños japoneses, que han estudiado los ideogramas casi diariamente durante tres horas a lo largo de once años. Orientaré la discusión hacia la relación entre la metáfora cibernética y un estado mental particular, el característicamente europeo, el espacio mental occidental que a través de miles de años ha venido siendo moldeado por el alfabeto y el texto alfabético como metáfora dominante. Propongo esta autolimitación por tres razones: Primero, porque lo que sé es, esencialmente, historia; segundo, ya que estoy estudiando las funciones de las notaciones alfabéticas en tanto que han sido consideradas como generadoras de axiomas post-medievales típicamente europeos y no cuestionados; y, en tercer lugar, porque quiero invitarles a discutir conmigo el impacto de las metáforas computacionales, no desde lo sociológico, sino como fenómeno histórico y literario.

La ciencia clásica ha sido creada por gentes que registraban el sonido de palabras a través de las cuales discutían la naturaleza. No fue creada por los chinos, quienes por milenios, han expresado gráficamente abstracciones sin sonido. Hasta hace muy poco, los científicos naturales eran, sobre todo, letrados. Así, la ciencia

moderna es un producto nacido de la mente letrada, en el sentido que este término ha sido usado por Wilman Parry o Walter Ong. La máquina universal de Turing, aparece como una singularidad dentro de este espacio mental durante el fatal año de 1932-33.

Propongo que exploremos cómo la metáfora cibernética propuesta por Norbert Wiener ha afectado la topología mental de la mente alfabética. Quiero describir el modo de percepción descorporalizado que corresponde al abrumador estado mental computacional, en contraste con la mente alfabética.

Para el modo de pensar y de comunicarse de quienes están en la metáfora cibernética, Maurice Berman acuñó un excelente neologismo, llamando a este estado "El sueño cibernético". Muchos de ustedes habrán sabido de Berman por su "Reencantamiento del mundo", publicada en 1981. Ahora él trabaja en un nuevo libro, sobre la "Historia del cuerpo", del cual un artículo publicado en el *Journal of Humanistic Psychology* dio un atractivo avance. Berman reconoce el oscurecimiento de aquellas certezas implícitas que moldearon la clásica mente alfabética, llamando la atención sobre algunos intentos por reconocer modos alternos de conciencia y observación. La mayoría de ellos, en un modo u otro, se cobijan a sí mismos bajo la sombrilla de la "Nueva Era" y, de acuerdo con Berman, la gran mayoría tiene algo en común: estimulan a sus seguidores a abandonarse al sueño cibernético. En este artículo, Berman llega a tal conclusión tras examinar un grupo de autores norteamericanos que recientemente han influido en el público general, posando como científicos desencantados. Reconoce la enorme diferencia del lenguaje, lógica y estilo en-

tre Douglas Hofstadter, Frank Capra y Ken Wilber, Jeremy Rifkin o Rupert Sheldrake. Diestramente, resume sus respectivos términos fetiche: paradigmas holográficos, campos morfogénicos, tiempo real, orden implicado; de forma convincente, muestra cómo todos caen en la misma trampa en la cual incluso Gregory Bateson acabó cuando redujo el cuerpo, hacia el final de su vida, a ser parte de un proceso metal monista.

Todos los autores revisados proclaman, llegado el momento, ofrecer una aproximación epistemológica a la realidad que sería alternativa a la conciencia mecanicista, empirista y sin valores que cada autor adscribe a "la ciencia oficial" o al "establishment científico".

De hecho, sin embargo, anota Berman, ninguno de los autores logra nada en ese sentido: todos en sus respectivos mundos interconectan un grupo de conceptos con la teoría de la información y, entonces, crean un sistema de referencias puramente formal, abstracto, incorporal, que Berman atribuye a lo que está pasando en sus propias mentes.

Este estado mental común a todos ellos es llamado por Berman "Sueño Cibernético", llevando a la mente a un estado que puede ser acomodado a cualquier situación. Para Berman, el sueño cibernético conlleva la lógica de 300 años de ciencia mecanicista, elevándola a su total realización. Podría decirse que representa una "singularidad", en el sentido en el que un agujero negro es una singularidad en el espacio-tiempo.

Berman cuenta la historia de una amiga llamada Susan, y me impresionó de tal manera que sólo me limitaré a elaborarla. Susan enseña en bachillerato en el Norte

de Florida. Muchos de sus alumnos tienen computadores en casa, y cuando Susan asigna una tarea, ellos corren a sus máquinas, las programan con los términos clave, recogen datos de los bancos de información, los ordenan y se los presentan a la maestra como su tarea. Una tarde, Frank, uno de los estudiantes, se quedó al finalizar la clase con Susan.

El ensayo asignado para esa semana había sido sobre la sequía y la hambruna al sur del Sahara. Frank quería mostrarle lo que había impreso, y, en algún punto,

Susan lo interrumpió, diciéndole: "Dime, Frank, ¿tú que sientes acerca de todo esto?" Frank la observó un momento y replicó: "No entiendo lo que quiere decirme". En ese momento, el abismo entre

Susan y Frank se hizo visible. Michel Foucault la habría llamado una grieta epistemológica. Miremos el esquema de sus mentes; para Susan, un enunciado es una expresión verbal, y tras cada expresión hay alguien que respalda lo que dice y, más allá, Susan no puede significar algo sin sentir que tal significado está corporalizado. Cuando deletrea "Hambruna desesperanzada", ella siente algo, lo que no pasa cuando dice "33". Así, las palabras que conforman una oración son para Susan como las planchas de un puente tendido hacia los sentimientos de alguien.

Para Frank, las palabras son unidades de información que él articula conjuntamente como mensajes. Su consistencia objetiva y precisión denotativa, sus connotaciones subjetivas, son lo que cuentan. Él opera sobre nociones abstractas y programa el uso de datos: su percepción está encerrada en su cabeza, controla la redundancia y el ruido. Los sentimientos y los

significados podrían despertar ansiedad, terror y oleadas de afectos, y él los mantiene en bajos niveles, permaneciendo sereno. La composición de textos es el modelo que acuña su modo de percepción. Él concibe sus sentidos como "perceptores" y su ego como propioceptor. Tomando ahora a Susan como tipo ideal, ella es perceptualmente un self corporalizado. Sus emisiones verbales surgen de la masa de carne y sangre, del bosque de sentimientos y significados que empapan todo lo que ella dice. Ella es una profesora, ya que ha disciplinado los significados y los sentimientos sin infravalorarlos. Con grandes esfuerzos ha entrenado su Descartes interior y su Pascal interior para que se vigilen mutuamente: para balancear mente y cuerpo, espíritu y carne, lógica y sentimientos. Frank es, para mí en este momento, el emblema de un estado perceptivo opuesto. Se ha separado a sí mismo del pantano de las emociones, aprendiendo a despegar, a dejar la densa atmósfera atrás y a operar en un espacio libre, sin gravedad. Se ha enganchado a su computador y ha sido atrapado en la red del pensamiento operacional. La fórmula de Turing le ha inducido en el sueño cibernético: puede deslizarse sobre el desierto del Sahel, mirar la tierra parcelada, los camellos agonizantes, registrar el creciente estado de desesperación y hostilidad. Su mente es una cámara que no distorsiona esas señales, y quiere que Susan le califique las "tomas" que ha organizado como "texto". Tanto Susan como Frank son personas, y son responsables del estado mental en el que viven. Susan puede moverse entre la sentimentalidad romántica y la lucidez crítica, entre una selección dulzona y sensitiva de connotaciones, escoger el ancestro tradicional de autores dentro de

los cuales sus metáforas ajustan perfectamente. Cuando habla, ella está usando palabras que han sido escritas, y pensar es para ella un modo silente de deletrear. Esta constante referencia al alfabeto la hace diferente de un prealfabetizado, pero, también en un modo diferente, de Frank. Frank, por supuesto, es también responsable por lo que hace. Puede jugar la metáfora cibernética para lo que hace cuando habla, como una herramienta analítica que pierde más de lo que modela. Él puede usarla como un chiste; como Fromm, cuando habla de la plomería psíquica, Frank puede burlarse de los procesos de entrada y salida de información comparándolos con excrementos, pero también puede volverse dulzarrón y permitir que la metáfora cibernética se engulla las otras y deslizarse finalmente en lo que Berman llama sueño cibernético. En tanto que ambos modelos mentales se confrontan uno a otro, ambos pueden endurecerse y hacerse ideologías. Conozco muchas Susan para quienes la alfabetidad se ha convertido en una ideología anticibernética, reaccionando a toda referencia a los computadores como los fundamentalistas lo hace cuando oyen hablar del comunismo. Para estos fundamentalistas anti computadores, un viaje por computandia y algo de diversión con los controles electrónicos serían un necesario ingrediente para mantenerse equilibrados en este tiempo. Aquellos de ustedes que estudian la alfabetidad informática olvidan con frecuencia su importancia en tanto que medio para exorcizar contra el paralizante deletreo que el computador puede conferir. Pero conozco muchos Frank que, bajo este modelo, se han vuelto zombis, un peligro que Maurice Merleau-Ponty claramente previó hace casi treinta años. Entonces dijo,

y lo cito, que “el ciberetismo se ha hecho una ideología en que las creaciones humanas son derivadas de procesos naturales de información, los que a su vez han sido concebidos sobre el modelo de que el hombre es semejante a un computador”. En este estado mental, la ciencia sueña y “construye el hombre y la historia sobre la noción de algunos índices abstractos” y para aquellos que se comprometen con tales sueños, “el hombre en la realidad se convierte en ese manipulandum al que él mismo se llevó a ser”.

Cuando hace un rato describí a Susan y Frank, uno enfrente del otro, separados por la grieta epistemológica, evite decir que se daban la cara. Hablando desde Merleau-Ponty, el cuerpo de Susan es “el suelo de lo sensible que emerge con cada palabra y gesto” y el cuerpo de

Frank es el artífice sin rostro de la “máquina informática”. Los dos no pueden estar cara a cara y entrar en interfase, para lo que Frank necesitaría a otro de su propia cosecha.

Cuando pienso en la mirada que la pantalla informática trae a los ojos de su usuario, me rebelo desde las entrañas cuando alguien dice que la pantalla y el ojo se enfrentan mutuamente. Un verbo para eso que allí pasa no había sido acuñado cuando Merleau-Ponty escribía en 1959. La palabra adecuada fue creada por McLuhan diez años después, y en un año entrar en “interfase” era término corriente en la psicología, la ingeniería, la fotografía y la lingüística. Espero que Susan es una amiga que va a búsqueda de la cara de Frank. Tal vez Susan mira como su vocación el ir en tal búsqueda.